

3 GRAHAM GREENE Y SUS AGENTES SECRETOS

DOI: 10.22199/S07198175.2014.0001.00003

Dr. Clemens FRANKEN

Recibido el 2 de abril. Aceptado el 18 de mayo de 2013.

RESUMEN

El presente artículo nos presenta el mundo literario de la obra de Graham Greene, quien, con el suspenso y el terror policial, con sus aventuras, intrigas y persecuciones, nos traslada al mundo sobrenatural del pecado y de la gracia. No se trata sólo de una novela de entretenimiento, sino del genio de un autor que ha sabido plasmar a partir del género policial la estrecha relación entre su vida real de espía y su quehacer creativo como autor de novelas. Así nos surge la pregunta de si Greene fue un novelista que también era un espía o fue su carrera literaria la pantalla perfecta para su principal actividad de espionaje.

Palabras clave: Graham Greene, espía, novela, agente confidencial.

GRAHAM GREENE AND HIS SECRET AGENTS

ABSTRACT

This paper deals with the literary world of Graham Greene's work who, with suspense and police terror, adventures, intrigue, and persecutions leads us to the supernatural world of sin and grace. It is not only a novel for entertainment, but the work of an author that has been able to show, from the police genre, the close relation between his real life as a spy and his creative work as a novelist. So, a question arises, Was Greene a novelist and also a spy? Or was his literary career the perfect screen for his main activity as a spy?

Key words: Graham Greene, spy, novel, confidential agent.

I. Introducción al mundo intelectual y literario de G. Greene¹

El escritor, periodista, guionista, ensayista y crítico literario Graham Greene es reconocido generalmente “as the major British novelist who rode the crest of popularity for the greater part of twentieth century” (Malik IX)². Algún investigador lúcido lo “ha llamado acertadamente ‘Hitchcock más Bernanos’”, describiendo su mundo literario como uno marcado por “el suspenso y el terror policial, con sus aventuras, intrigas y persecuciones, misteriosamente trabado al mundo sobrenatural del pecado y de la gracia, [...] al drama teológico de las fuerzas del Bien y del Mal” (Ibáñez Langlois 9).

Esta singular síntesis se produjo por razones biográficas, filosófico-teológicas y literarias. Primero, entre los antecedentes biográficos relevantes de este inglés nacido en 1904, habría que destacar que el autor, perteneciente a una gran e influyente familia inglesa³, aparece “marcado por una melancólica lucidez que lo hace difícilmente adaptable”, como un “agudo espectador” de una vida que no le entusiasma mucho, “con cierta tendencia al hastío, que lo ha llevado de continuo a buscar emociones fuertes” (Ibáñez Langlois 11). De hecho, se sintió tan infeliz en el colegio, cuyo director era su padre, que intentó varias veces suicidarse⁴. Con diecisiete años se somete durante seis meses a un tratamiento psicoanalítico en Londres para

¹ Este trabajo es fruto del Proyecto Fondecyt Regular 1130218 “Narrativa policial universal clásica, negra y posmoderna”.

² “Como el más importante novelista británico que fue muy popular durante gran parte del siglo XX”.

³ En su primer libro autobiográfico, *A sort of live* (1971), Greene distingue entre los Greene ricos y los Greene intelectuales, a los cuales pertenecía él. De su madre habla como una “cool puritan beauty” (19) (“fría belleza puritana”) y de su padre destaca, fuera de sus ideas políticas liberales y su moral conservadora, el hecho de su “separation [...] from his children” (28) (“distancia [...] de sus hijos”). Según él, parece que sus padres se amaban pero mostraban poco afecto.

⁴ Según Meena Malik, el hecho de que “Greene was a shy and sensitive youth” (“Greene era un joven tímido y sensible”) y que en comparación con su exitoso hermano mayor Raymond sentía siempre ser un “failure” (“fracaso”) (10), explica en algo sus intentos de suicidarse.

superar su profunda melancolía⁵. Luego fue al Balliol College en Oxford donde se convierte en amigo del también escritor y católico Evelyn Waugh. Su primer trabajo profesional como periodista lo realiza en Nottingham y más adelante como subeditor en *The Times*.

Segundo, en los antecedentes filosóficos-teológicos habría que destacar que en 1926 se convierte al catolicismo para poder casarse con la católica conversa Vivien Dayrell-Browning. Según Michael G. Brennan,

Greene's first general confession, conditional baptism and formal reception into the Catholic Church at Nottingham Cathedral on 28 February 1926 were largely prompted by a desire to please his future wife, Vivien. [...] Greene confirms this calculated motivation in *A Sort of Life* with the frank admission that, although Vivien was a Roman Catholic, his own religious beliefs did not go beyond the 'sentimental hymns in the school chapel' (118)⁶.

A pesar de que Greene dejó a su esposa en 1948 por Catherine Walston, luego por Dorothy Glover y finalmente por Yvonne Cloetta en los últimos veinticinco años de su vida, razón por la cual Peter Mudford habla en su caso de una "serial monogamy"⁷ (5) y Brennan de su "lifelong oscillation between divinely inspiring and basely sensual interests"⁸ (7), Vivien, de la cual nunca se separó, ejerció "one of the most important influences over his

⁵ Según el reciente libro de Goetz-Sota, en vez de melancolía había que hablar claramente de una "manic-depressive illness for much of his life" (2) ("enfermedad maniaco-depresiva durante la mayor parte de su vida"), que llevaba consigo "depressive boredom, hyper-restlessness, self-contempt, promiscuity, fractiousness, truculence, morbidity and self-annihilation" (3) ("aburrimiento depresivo, inquietud extrema, auto-desprecio, promiscuidad, irritabilidad, truculencia, morbilidad y auto-aniquilación").

⁶ "La primera confesión general, el bautismo condicional y la recepción formal en la Iglesia Católica, en la Catedral de Nottingham, el 28 de Febrero de 1926, eran en gran medida apurados por su deseo de consentir a su futura esposa, Vivien. [...] Greene confirma esta motivación calculada en [su autobiografía C. F.] *A Sort of Life* con la admisión franca de que, a pesar de ser Vivien una católica romana, sus propias creencias religiosas no iban más allá de los 'himnos sentimentales en la capilla del colegio'."

⁷ "Monogamia serial". Más adelante Mudford habla incluso de su "impossibility of fidelity" ("imposibilidad de ser fiel") (7). Goetz-Sota habla en este contexto de su "Demon of Promiscuity" (37) ("demonio de la promiscuidad") y de "the Lure of impersonal Sex" (42) ("la atracción del sexo impersonal"), asociando ambos fenómenos con el dinamismo de su depresión maniaca.

⁸ "Oscilación durante toda su vida entre inspiración divina e intereses básicamente sensuales".

development as a writer between 1925 and the early-1940s”⁹ (7). Efectivamente, sus conocidas novelas *Brighton, parque de atracciones* (1938), *El poder y la gloria* (1940), *El ministerio del miedo* (1943) y *El fin de la aventura* (1951) son consideradas como explícitamente católicas y, al mismo tiempo, constituyen la base de su fama literaria. A comienzos de los años cincuenta y debido a su incapacidad de vivir las exigencias morales del catolicismo respecto a la moral sexual matrimonial, Greene, al igual que por ejemplo Heinrich Böll en Alemania y Umberto Eco en Italia, se aleja de la Iglesia Católica como institución y deja de ser católico practicante. Sin embargo, muere en 1991 reconciliado y sacramentado¹⁰. Según Michael Brennan, incluso,

[f]or over sixty years, Greene depended upon religious issues to formulate dominant narrative and thematic concerns in his fictions and also insistently wove elements of Catholic theology and tradition into the fabric of his novels, entertainments, short stories, plays, prefaces, journalism and private correspondence. [...] the fact that the theology, iconography and psychological potency of Catholicism continually pervaded his creative imagination (IX)¹¹.

A pesar de esta gran fascinación intelectual por el pensamiento católico reflejada en su creación literaria, Greene rechazó ser considerado un “autor católico” y se vio más bien “as a writer who happened to be a convert to Catholicism”¹².

⁹ “Una de las influencias más importantes sobre su desarrollo como escritor entre 1925 y los tempranos cuarenta”.

¹⁰ El sacerdote católico y crítico literario español, Leopoldo Durán, confirma este hecho en su libro (cf. 327ss) sobre Graham Greene que es, ante todo, un testimonio de su larga y profunda amistad. Durán destaca en Greene “his extraordinary simplicity, humility and delicacy” (9) (“su extraordinaria sencillez, humildad y delicadeza”), caracterizándolo luego como una persona cortés, afectiva, compasiva y muy sensible. En relación con su fe, confirma su “very real but tormented faith” (101) (“fe muy real pero atormentada”) y subraya las palabras de Paul Gray en el sentido de que Graham Greene tomó su fe en serio e “invaded and shaped the public imagination more than any other serious writer of this century” (94) (“impulsó y formó la imaginación pública más que cualquier otro escritor serio de este siglo”).

¹¹ “Por sesenta años, Greene dependía de aspectos religiosos para formular los dominantes aspectos narrativos y temáticos en su ficción y, también, incorporó elementos de la Teología y tradición católica en la construcción de sus novelas, entretenimientos, cuentos, piezas teatrales, prefacios, periodismo y correspondencia privada”.

¹² “Un escritor que sucede ser un converso al catolicismo”.

Tercero, en los antecedentes literarios habría que mencionar que aunque Greene dividió al principio sus obras en novelas de misterio o *thrillers*¹³ que denominaba “novelas de entretenición” y novelas literarias, con el tiempo tanto él como sus lectores descubrieron que las “novelas de entretenición” tenían el mismo nivel o, por lo menos, un similar nivel estético que sus novelas literarias. De hecho, dos de sus mejores últimos textos, *Los comediantes* (1967) y *El factor humano* (1978) combinan claramente elementos del *thriller* con inquietudes artísticas más serias. Según Julian Symons,

from the mid-thirties onwards the spy story and thriller became for British writers a vehicle through which to ask the questions about society which still could not be easily expressed in the detective story. The novels that Graham Greene (1904-91) wrote in the thirties and called ‘entertainments’ are mostly thrillers, with an attitude towards the corruption of international politics [...]. (267)¹⁴.

Graham Greene, luego de escribir muy al comienzo de los treinta “una narración algo carente de vida”, optó luego “por la acción vertiginosa, la aventura, el misterio policial, que sin duda cuadran mucho mejor con su temperamento” (Ibáñez Langlois 14). En total escribe nueve¹⁵ novelas de espías. La primera es *El tren de Estambul* (1932), que contiene “various basic elements of popular fiction: exotic settings, love interest, comedy, excitement, and crime” (Bergonzi 27)¹⁶. Además, replica una fórmula literaria

¹³ Según el crítico literario alemán Peter Nusser, la palabra *thriller* viene del inglés “to thrill”, lo que significa en español estremecer e impactar. Un *thriller* sería por eso, según él, “der ‘kriminalistische Abenteuerroman’” (2) (“la novela policial de aventuras”) o de suspenso.

¹⁴ “Desde la mitad de los treinta en adelante la historia de espías y el *thriller* se convierten para los escritores ingleses en un vehículo para preguntar por cuestiones de la sociedad que ya no se podían expresar fácilmente en la novela detectivesca. Las novelas que Graham Greene (1904-91) escribió en los treinta y los que llamó ‘entretenimientos’ eran, ante todo, *thrillers* sobre la corrupción de la política internacional.” Greene prefiere el *thriller* al relato policial tradicional porque lo considera más actual. En *Table Talk* se pregunta: “Isn’t the shrewd little Father Brown with his wisdom and clairvoyance a little old-fashioned today? What we’re interested in discovering in the middle of the twentieth century isn’t who the criminal is, but rather to what state of abandon a man hunted down for a crime can be reduced” (citado en Snyder 46).

¹⁵ Le Roy L. Panek confirma “eight novels which deal with espionage” (112), pero omite la novela *El tercer hombre*.

¹⁶ “Varios elementos básicos de la literatura popular: ambientes exóticos, interés amoroso, comedia, excitación y crimen.”

popular a comienzos de los años treinta que consistía en unir un grupo cosmopolita y heterogéneo de personas en un hotel lujoso o en un tren internacional como el Orient Express (cf. Bergonzi 25), fórmula que inspiró un año más tarde también a Agatha Christie. Su segundo *thriller* se titula *Una pistola en venta* (1936), una novela híbrida, según Panek, que mezcla elementos de “the detective story, the *thriller*, and the spy story, their tone, and diction, their organization and plot, and shows a new world” (119)¹⁷. A su vez muestra “how his imagination was still caught by the violence and intrigue of Elizabethan and Jacobean drama” (Bergonzi 62)¹⁸. El asesino James Raven es presentado ahí con razón como una víctima de la sociedad, un tema que le preocupaba a Greene durante toda su vida, al igual que el tema del cazador y del cazado. En 1939, con *El agente confidencial*, publica su tercer *thriller* que nuevamente da cabida tanto a comentarios sobre la sociedad y la interacción de personas como a la perfecta integración del elemento *thriller* en sus novelas (cf. Symons 267). Greene escribe este *thriller* durante seis semanas¹⁹, ante todo en el viaje en barco de vuelta de México y en forma paralela a su obra literaria más famosa, *El poder y la gloria*, lo que comprueba, según Panek, que Greene escribe mejores *thrillers* cuando está ocupado en otras escrituras (cf. 122). Su siguiente *thriller*, *El ministerio del miedo* (1943), escrito durante la Segunda Guerra Mundial, “when he was working as an intelligence agent in West Africa” (Bergonzi 75)²⁰, empuja al lector “into the world of capture and escape, omnipresent danger and Master Villains” (Panel 124)²¹. Su quinto y probablemente más conocido *thriller* es *El tercer hombre* (1950), originalmente concebido como un guion cinematográfico que el director Carol Reed convirtió en una excelente película con los conocidos actores Joseph Cotton y Orson Wells

¹⁷ “La historia policial, del *thriller*, y de la novela de espías, su tono y dicción, su organización y trama y muestra un mundo nuevo”.

¹⁸ “Muestra cómo su imaginación está todavía impactada por la violencia e intriga del drama isabelino y jacobeano”.

¹⁹ El hecho de que Greene sentía la obligación de escribir rápidamente un *thriller* para mantener su familia, a diferencia de los meses y años que dedicó a *El poder y la gloria*, es probablemente la principal causa por llamarlo más adelante un “entretenimiento”. Algo parecido hace a comienzos de los años cincuenta el escritor suizo de habla alemana Friedrich Dürrenmatt que descalifica a sus novelas policiales *La sospecha* y *El juez y su verdugo* como “Brotarbeit”, es decir, trabajos para ganarse el pan.

²⁰ “Cuando estaba trabajando como agente de inteligencia en la África Occidental”.

²¹ “En un mundo de captura y escape, del peligro omnipresente y de Maestros Villanos”.

como protagonistas. Especialmente en esta novela de espías, Greene emplea toda su maestría en el uso de la “técnica cinematográfica”²² (Ibáñez Langlois 23). A mediados de los cincuenta, Greene presenta en su sexto thriller, *El americano imposible* (1955), “unsolvable moral dilemmas” (Panek 126)²³ y no soluciona el crimen central de la narración. Greene repetirá esta estructura en sus tres últimas novelas de espías, *El Cónsul Honorario* (1973), *Nuestro hombre en La Habana* (1958) y *El factor humano* (1978), acercándose a posturas ideológicas más escépticas y posmodernas.

Lo que le da a sus novelas de espías un toque vivencial especial es el hecho ya mencionado de que Graham Greene aparentemente trabajó casi toda su vida como espía.

As early as the age of nineteen he was involved in what in *A Sort of Live* he disarmingly describes as ‘a small affair of what might have become espionage’. While studying in Oxford he offered his services as a propagandist to the German government to counter French efforts to establish a separatist government in the Rhineland. Somewhat to his surprise, the offer was accepted, and he soon found himself travelling to Germany, [...]. On many subsequent journeys in his life of restless travel he has been suspected of being a spy. A member of the Secret Intelligence Service during the Second World War, he worked in West Africa and London. Later, her was to be found in Vienna during the frigid period of Four-Power control, in Prague during the 1948 communist coup and again after the 1968 Russian invasion, in Indo-China

²² Casi todos los críticos literarios de las novelas de Greene destacan este aspecto cinematográfico de sus textos. El francés Jaques Madaule, por ejemplo, dice que “Graham Greene écrit des scènes qui pourraient être filmées” (346) (“Graham Greene escribe escenas que podrían ser filmadas”), y Bernard Bergonzi constata que “[p]arts of Greene’s novel were indeed written in ‘cinematic style’” y que “Greene created powerful visual effects” (29 y 32) (“partes de las novelas de Greene son de verdad escritas en un estilo cinematográfico”; “Greene creó poderosos efectos visuales”). Sin embargo, Bergonzi sostiene al final que Greene, a pesar de esta familiaridad con el cine, “remained deeply literary in his points of reference; his film reviews make recurring references to the modern writers who were important to him – James, Conrad, Ford Madox Ford – as well as to the older dramatists: Marlowe, Ben Jonson, Webster, Dryden” (33). (“se mantuvo profundamente literario en sus puntos de referencia; sus reseñas de películas suelen recurrir a referencias a escritores modernos que eran importantes para él –James, Conrad, Ford Madox Ford - como también dramaturgos más antiguos: Marlowe, Ben Jonson, Webster, Dryden”).

²³ “Problemas morales sin solución”.

while the French fought the Viet Minh, in Malaya and Kenya during the Communist and Mau Mau insurgencies. He was in Poland in 1955, in Cuba on the eve of Castro's revolution, in the Congo during the independence crisis, in Israel in 1967. (Stafford 137)²⁴.

Habría que agregar, solamente, que al comienzo fue reclutado por su hermana menor, Isabel, que trabajaba para el Servicio Secreto de Inteligencia de Inglaterra y que fue, incluso, un doble agente al volver de su viaje a Alemania y ofrecerles luego a los franceses sus informaciones sobre los alemanes. Estas experiencias reales de espionaje hacen, según Stafford, que, por ejemplo, “[h]is two post-war spy novels, *Our Man in Havana* and *The Human Factor*, ring so true because they are built on a foundation of personal experience, (138-39)²⁵.

Las novelas de espías de Greene reflejan también su clara postura política de izquierda²⁶. Luego de militar en 1924 muy brevemente en el Partido Comunista, simpatiza abiertamente con posturas de izquierda y abandona el patriotismo conservador de su admirado modelo John Buchan, uno de los primeros y más impotentes autores de novelas de espías británicas. No obstante, al final de su vida es un desilusionado de las ideologías, que re-

²⁴ “A la temprana edad de diecinueve años fue involucrado en lo que en [su autobiografía] *A Sort of Live* llamará ‘un asunto pequeño que se convirtió en espionaje’. Durante sus estudios en Oxford ofreció sus servicios al gobierno alemán para relatar los esfuerzos franceses de establecer un gobierno separatista en Renania. Para su sorpresa, su oferta fue aceptada y pronto se encontró viajando a Alemania. [...] En muchos de sus subsiguientes viajes en su vida de viajes sin descanso, era sospechoso de ser un espía. Como miembro del Servicio Secreto de Inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial, trabajó en África Occidental y en Londres. Más tarde se lo encuentra en Viena durante el período frío del control por parte de los cuatro poderes de ocupación, en Praga durante el golpe comunista en 1948 y nuevamente después de la invasión rusa en 1968, en Indochina mientras los franceses luchaban contra los vietnamitas, en Malaya y Kenia durante las insurgencias comunistas y de los Mau Mau. Estuvo en Polonia en 1955, en Cuba poco antes de la revolución castrista, en el Congo durante la crisis de independencia, en Israel en 1967”.

²⁵ “Sus dos novelas de espías de posguerra, *Nuestro hombre en La Habana* y *El factor humano*, suenan tan reales porque se basa en una experiencia personal”. Esta estrecha relación entre su vida real como espía y su quehacer creativo como autor de novelas de espías hace surgir la pregunta de si Greene fue un novelista que también era un espía o fue su carrera literaria la pantalla perfecta para su principal actividad de espía.

²⁶ Después de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, Greene apoyó abiertamente a los regímenes comunistas centroamericanos de Fidel Castro y Daniel Ortega, con los cuales se encontró varias veces. Además, era muy amigo de Omar Torrijos, el presidente panameño que simpatizaba con el comunismo, y visitó a Salvador Allende en Chile. En Europa se pronunció a favor de la Primavera de Praga y de Gorbachov, viajando, además, a menudo a Moscú (cf. Durán 53ss).

chaza tanto el sistema comunista como el capitalista²⁷ (cf. Stafford 139-40) y se acerca a posturas más bien posmodernas que se caracterizan por su descreencia en los grandes discursos filosóficos, teológicos y políticos. A Greene no le interesan, en primer lugar, las ideologías sociales y políticas ni tampoco “[t]he mechanical techniques and practical consequences of spying”²⁸ (Panek 112), sino la creación de “plausible characters and plots”²⁹ (Bergonzi 23) y, ante todo, el “study of human nature”³⁰ (Greene citado en Stafford IX). De tal forma, su interés se centra en los grados de abandono metafísico, desolación y desesperación que puede sufrir el ser humano que, según su autobiografía *A Sort of Live*, se encuentra permanentemente en “the struggle of conflicting loyalties”³¹ (citado en Snyder 47).

II. Caracterización de los espías greeneanos

a) Aspecto físico y biográfico

Esta condición humana y este conflicto típicamente greeneano los podemos constatar en los protagonistas de las cuatro novelas de espías, *El agente confidencial*, *El tercer hombre*, *Nuestro hombre en La Habana* y *El factor humano*, en las que se basa no exclusiva, pero sí especialmente, este análisis. Por ejemplo, el agente D., protagonista supuestamente español de la novela de espías *El agente confidencial*, es “un hombre de mediana edad con un gran bigote, una cicatriz en la barbilla y la preocupación dibujada en la frente” (*El agente...* 319) que en su viaje en barco a Inglaterra, donde debe comprar carbón para los republicanos españoles, se ve más viejo que

²⁷ Greene solía criticar las políticas sociales propuestas y realizadas por políticos católicos, argumentando “that capitalism has been condemned quite as vigorously by Papal Encyclicals as by the Communist Manifesto, but that this fact is generally overlooked because most Catholics have chosen to ignore it”. (Atkins, 1966:114) (“que el capitalismo ha sido condenado tan fuertemente por las Encíclicas Papales como por el Manifiesto Comunista, pero que este hecho suele ser dejado de lado porque la mayoría de los católicos optó por ignorarlo”). Seguramente, Greene estaría gozando el discurso social antiliberal y anticapitalista del actual papa Francisco.

²⁸ “Las técnicas mecánicas y consecuencias prácticas del espionaje”.

²⁹ “Plausibles caracteres y tramas”.

³⁰ “Estudio de la naturaleza humana”.

³¹ “La lucha entre lealtades en conflicto”.

Una fuerte tensión entre lealtad y traición y la pérdida de la inocencia experimentó Greene ya con trece años en el colegio cuyo director era su padre.

sus cuarenta y cinco años porque envejeció mucho durante los últimos tres años de la Guerra Civil española. Estuvo seis meses en una prisión y sufrió varios bombardeos, uno de los cuales lo dejó sepultado bajo tierra. Lo más grave, sin embargo, fue el hecho de que mataron por error a su esposa que había sido “su pasión” (*El agente...* 324) durante quince años. De profesión es profesor de francés medieval y se destaca académicamente por el descubrimiento del “manuscrito de Berna” (*El agente...* 372) del *Cantar de Roldán* cuyo verdadero héroe es, según él, Oliverio, el prudente amigo de Roldán³². Este agente aparentemente algo romántico, a pesar de que comenzó tempranamente “a robar coches” (*El agente...* 363), se acerca en algo al sólo aparentemente más duro colega de *El tercer hombre*, Rollo Martins, que con sus treinta y cinco años y sus piernas largas y flacuchas tenía ya un aspecto demacrado, pero, sin embargo, creía en la amistad (cf. *El tercer...* 539 y 542) y, al igual que D., en el amor matrimonial. De hecho, Rollo Martins idolatraba a su amigo Harry Lime “desde hacía veinte años, es decir desde que se conocieron por primera vez en un lóbrego pasillo del colegio” (*El tercer...* 544-45). Martins tenía las ideas más fantásticas y superaba a su amigo en asignaturas como historia y lengua inglesa. Estas aptitudes lo predestinaron a convertirse en escritor de *westerns* o “noveluchas del Oeste” (*El tercer...* 544), como él mismo describe a sus producciones literarias, publicadas bajo el seudónimo de Buck Dexter. Su tarea en este *thriller* es buscar la verdad acerca de la muerte o desaparición de su amigo Harry Lime, quien lo había invitado a Viena en nombre de la Oficina Internacional para los Refugiados. Cuando se entera de a poco de que su amigo se dedica al contratráfico de penicilina en forma tan inhumana que causa hasta la muerte de unos niños inocentes por mezclarla con arena, se encuentra en el arriba mencionado conflicto de lealtades entre su amigo y sus valores humanos básicos. Martins opta por los últimos y mata al final a su amigo, luego de haberle advertido ya poco antes que no se confiara de él (cf. *El tercer...* 633). Este conflicto entre lealtades se expresa en el protagonista, ante todo, en el hecho de que comienza a tomar mucho whisky, incluso “a beber hasta perder el sentido” (*El tercer...* 610).

³² En su introducción a esta novela de espías, por su aspecto algo romántico, Greene considera que esta novela “no es uno de mis libros. Es como si lo hubiese escrito para otro hombre. D., el agente caballeroso y profesor de literatura románica, no es verdaderamente un personaje mío [...]” (*El agente...* 312).

Ahora bien, el consumo de alcohol del agente secreto inglés Wormold en *Nuestro hombre en La Habana* es bastante más moderado. Con su amigo alemán, el doctor Hasselbacher, suele tomar puntualmente “su daiquiri mañanero” (*Nuestro hombre...* 850), antes de volver a su tienda de la calle Lamparilla, donde vende aspiradoras de la firma inglesa Phaskleaners. Su cara de cuarentón ya es arrugada y expresa el vacío que siente después de que su mujer lo abandonara y, especialmente, cuando no está presente su adorada hija Milly, a la cual consiente en todos sus deseos y caprichos. Por ella se deja contratar como agente para el servicio secreto inglés, permitiéndole, así, hacerse, por ejemplo, socio del caro Country Club de La Habana. A diferencia de su amigo Hasselbacher, no se interesa tanto por “la vida”, sino más bien “le interesa una persona” (*Nuestro hombre...* 852), específicamente, su hija Milly. El señor Hawthorne, quien lo contrata como agente secreto, lo considera “un inglés patriota” que “tiene entrada en todas partes” (*Nuestro hombre...* 872). En sus muchos momentos de soledad escribe tarjetas postales a su sobrino en Inglaterra y trata de resolver su conflicto: irse de Cuba para siempre o quedarse. No logra imaginarse que Milly “podrá acostumbrarse a una escuela de comercio en alguna calle gris del norte de Londres” (*Nuestro hombre...* 906), razón por la cual opta por sobrevivir en Cuba. Una vez contratado como agente secreto, al igual que el agente D. “tenía órdenes” (*El agente...* 363) que cumplir.

De Maurice Castle, el espía y doble agente de la novela *El factor humano*, sabemos algo más que de los otros protagonistas. Él ya es un hombre de sesenta y dos años pronto a retirarse como jefe a cargo de “la 6-A” del servicio secreto británico en Londres que se ocupa de “las diversas regiones de África Oriental y África del Sur” (*El factor...* 75 y 13). Después de perder su primera esposa en un bombardeo, vive una estadía en África del Sur, donde conoció dentro del servicio secreto a la agente africana Sarah, con la cual tuvo que huir del país para poder casarse y vivir tranquilamente en su pueblo natal inglés Berkhamsted –curiosamente, también el pueblo natal de Graham Greene–, ubicado en la cercanía de Londres. Con Sarah tiene una pareja pequeñoburguesa feliz con un estilo más bien sencillo y austero, dedicándose él, ante todo, a su profesión y ella a la educación de su hijo Sam, fruto de una relación anterior con un africano. Sabiendo ya de los tiempos de su primer matrimonio que es estéril, Castle trata a Sam como si

fuese su propio hijo. Su único ‘lujo’ es tomarse en las tardes “su J. & B. triple” (*El factor...* 263). Nunca tuvo la “mentalidad de James Bond. No se [le] permitió llevar ningún arma y [su] único coche fue un Mini Morris de segunda mano” (*El factor...* 67). En los últimos años, va en bicicleta al trabajo.

b) Perfil psicológico

Desde el punto de vista psicológico, Castle se siente muy solo y sufre de la “enfermedad profesional [de los espías]: la sospechitis...” (*El factor...* 97). Después de la muerte de su joven y querido colega en la oficina, Davis, a quien matan por considerarlo erróneamente un doble agente, Castle tiene miedo, sufre de pesadillas en la noche y comienza a considerar toda su vida como un fracaso: “A Castle le pareció que toda su vida, desde su ingreso en el servicio a los veinte años, había sido incapaz de hablar. Como un monje trapense, había elegido la profesión del silencio. Demasiado tarde ahora, comprendía que había sido una vocación equivocada” (*El factor...* 375). Cuando, al final, habla con Sarah desde Moscú, ella tiene la sensación de escuchar “la voz de un anciano, que no podía tener ninguna certeza de que llegase alguna primavera futura” (*El factor...* 383). De esta forma, el Greene tardío revela, sin duda, una postura posmoderna que desconfía de los grandes relatos ideológicos.

También el agente D., Rollo Martins y Wormold se sienten psicológicamente mejor como perdedores y víctimas. Por ejemplo, cuando el coronel británico y narrador, Crabbin, le dice al final de *El tercer hombre* que ha ganado, Martins responde: “No he ganado [...]. He perdido” (644). No obstante, hay que mencionar también que antes se había sentido orgulloso del hecho de que un periodista se dirigiera a él como el novelista Dexter. El agente D., por su parte, duda permanentemente de sí mismo hasta el extremo de desconfiar de sus credenciales. Pero sus sospechas no se limitan al propio yo, sino también a los otros. Por ello, se siente durante todo el tiempo vigilado y acosado. Por ejemplo, interpreta como mala suerte el hecho de que dos agentes confidenciales viajen en un mismo barco (cf. *El agente...* 320-22). El agente D. siente que “había traído la guerra consigo: [...] Su mano comenzó a temblar como siempre temblaba antes de un bombardeo. No puedes vivir seis meses en la cárcel esperando que te fusilasen

y finalmente salir sin ser otra cosa que un cobarde" (*El agente...* 332). D. se presenta así psicológicamente afectado por la Guerra Civil española. No sorprende que cerca del final "sentía una apatía total; había fracasado" (*El agente...* 510) aparentemente en su intento de impedir la compra de carbón por parte de los franquistas.

También Wormold es más bien un fracasado. Permanentemente se siente sólo un pequeño comerciante que nunca ganará lo suficiente para dejar a su hija Milly en una situación desahogada. Él sabe que es un cliente del banco muy poco importante y acepta que un funcionario se equivoque a menudo con su apellido. Hace años se sintió perplejo y no se sorprendió "que [su esposa] Mary le hubiera abandonado" (*Nuestro hombre...* 873). Frente a su hija confiesa que todos le toman el pelo y le pide sumisamente no hacer lo mismo. Su condición psicológica débil, aparentemente, se debe a "las ineficaces torturas de un dormitorio de internado" (*Nuestro hombre...* 875) que sufrió como niño. A esta víctima de una sociedad cruel le parece absurdo ser un espía. De esta manera, todos los espías greeneanos, al igual que su creador artístico, comparten, en forma creciente, el rasgo psicológico de sentirse unos hombres solitarios y fracasados.

c) *Verdad y justicia*

En relación a las virtudes de la verdad y justicia, los agentes secretos greeneanos son mucho menos grandes buscadores de la verdad que los detectives privados o comisarios de las novelas policíacas clásicas. Más bien, viven en un mundo donde, según D., no se puede "decir la verdad acerca de nada" (*El agente...* 343). Solamente al final de la novela, cuando ya sabe que no le van a vender el carbón a él, sino a su competidor L., opta por decirles a los mineros "adónde irá el carbón" (*El agente...* 487), es decir, a las casas de los nacionalistas españoles. Sólo de Rollo Martins se podría decir que investiga "hacia atrás en el tiempo, desde el momento de [la] muerte" (*El tercer...* 563) de su querido amigo Harry Lime, una búsqueda que finalmente da con la verdad. Wormold, al contrario, inventa toda una red de colaboradores y agentes secretos engañando exitosamente a sus 'jefes' en Londres y también a otros servicios secretos. Sólo al final, luego que han

matado a su amigo, el Doctor Hasselbacher, le dice a su secretaria Beatriz la verdad: “No tengo agentes, Beatriz. Ni uno. Mataron a Hasselbacher sin ninguna razón. No hay construcciones en las montañas de Oriente” (*Nuestro hombre...* 1034). Poco más adelante intenta emborrachar al jefe de la policía cubana, el Capitán Segura, esperando que se cumpla la verdad del dicho de que “[s]e puede confiar en un borracho: *in vino veritas*” (*Nuestro hombre...* 1043). Segura no dice verdades que Wormold no supiera antes, pero, por lo menos, logra quitarle la pistola para tomar la justicia en sus propios manos y vengarse del cobarde asesinato a su amigo Hasselbacher en la persona del inglés Carter. Sin embargo, cuando tiene la posibilidad de matarlo fríamente le produce “una extraña repugnancia matar a un asesino desarmado” y se da cuenta de que aún no se ha convertido “en una máquina” y “que no era uno de los jueces; no sentía vocación por la violencia” (*Nuestro hombre...* 1043, 1046 y 1049). Pero cuando Carter le dispara cobardemente, Wormold lo mata en defensa propia, saliendo airoso de este verdadero duelo. Su fuerte sentido de justicia se revela no sólo en el hecho de que está dispuesto a hacer todo lo posible para redistribuirles a sus jefes en Londres el dinero recibido, sino también en la “anécdota tan romántica” de su ayuda solidaria al supuesto ciego Miguel delante de la catedral, que se revela pronto como una persona a la cual Wormold “[e]n cierta ocasión le salv[ó] la vida” (*Nuestro hombre...* 1000).

También el agente D. comparte cierto sentimiento romántico, detesta la violencia y ni sabe que por justicia le corresponde una comisión por sus servicios. Al igual que Wormold, cree de repente que llegó el momento de su revancha y de actuar, es decir, de matar al asesino de la chica Else. No está dispuesto a matar por la patria, el capitalismo o el comunismo, pero sí por una persona querida, para obtener así “[u]n poco de justicia” (*El agente...* 443).

Por su parte, Maurice Castle, siendo nada menos que un (doble) agente durante muchos años, “nunca había matado nada” (*El factor...* 314), y siente náuseas cuando tiene que matar al perro Buller tan querido por su hijo Sam. Sus acciones a favor de la verdad y la justicia tienen que ver más bien con su amor por otras personas. Cuando en África del Sur es conocido como opositor de la injusticia y la “mezquindad del *apartheid*” (*El*

factor...139), y teme tener pronto problemas con la policía sudafricana por su relación amorosa con una sudafricana bantú, les dice la verdad a sus autoridades en el servicio secreto británico, autocalificándose como “un representante vulnerable” (*El factor... 77*) que por el bien del servicio secreto británico debe abandonar su trabajo en dicho país. También su supuesta traición a la patria como doble agente de Inglaterra y Rusia, es motivada por un acto de gratitud al colega comunista Carson que en África del Sur le ayudó a sacar a Sarah del país. Al final de la novela se siente “aliviado porque dentro de lo posible había pagado su deuda con Carson, [...]” (*El factor... 208*) y tiene que luchar permanentemente contra el deseo de decirle a alguien la verdad, dado que es un hombre a quien, fuera del ámbito especial de su trabajo como espía, le gusta “decir la verdad” (*El factor... 20*). Por ejemplo, el episodio con un sacerdote, quien no comprendió que Castle sólo quería hablar con él –y no confesarse–, revela su necesidad de manifestar la verdad. Luego de este episodio, Castle explica gran parte de su situación peligrosa dentro del servicio secreto inglés a su querida esposa Sarah, para la cual Castle no es un traidor dado que ha actuado motivado, ante todo, por amor a ella y su hijo Sam que representan, según esta, valores más importantes que la patria o determinadas ideologías.

d) Relación con las mujeres

Con esto llegamos al análisis de los agentes secretos greeneanos con las mujeres. En el caso del agente D. en *El agente confidencial* hay dos: Else y Rosa. A la primera D. quiere ayudar para que pueda cambiarse del trabajo algo denigrante en el hotel donde D. se hospeda. Al comienzo desconfía de ella porque sospecha de que fuera una chica del bando de L., pero pronto confía con “una fijación paterna” (*El agente... 379*) en ella que responde a esta confianza con una admiración y una devoción que conmueven a D. y revelan, según Malik, una “sex role stereotyping and gender conditioning that keeps woman in the subservient position” (49)³³. La creciente confianza de D. en Else lo llevan, incluso, a entregarle sus credenciales, razón por la cual ella será asesinada. D. siente que todo sucedió por su culpa y decide

³³ “Estereotipación del rol sexual y un condicionamiento de género que mantiene a la mujer en una posición subordinada”.

actuar para vengarse, como ya vimos más arriba. Rose Cullen, la hija del magnate del carbón inglés Benditch, desconfía al comienzo de D. y siente celos de Else, cuando D. le pide ayudarle a la pobre chica a encontrar un mejor trabajo. D., por su parte, también desconfía de ella, ante todo, la ve vinculada políticamente al bando de su rival L. y socialmente perteneciente al grupo de los acomodados, mientras que su propio grupo “en este momento hacía cola por el pan o intentaba mantenerse caliente en habitaciones sin calefacción” (*El agente...* 342). Pronto empieza a enamorarse de ella, una mujer joven, bonita y encantadora, a pesar de que él se considera viejo e inadecuado para ella. Rose, no obstante las ambigüedades y actuar poco honesto de D., está cada vez más dispuesta a esperarlo, “no pued[e] soportar ver[lo] morir” (*El agente...* 464) y decide ayudarlo a huir del país gracias al poder social y financiero de su prometido Furt que desinteresadamente colabora con ella hasta perderla al final, dado que Rose opta por acompañar a D. a su país y compartir la vida con él³⁴. De esta forma bastante romántica se cumple la opinión inicial de D. en el sentido de que él “había llegado a un momento de su vida en que o te volvías loco por las mujeres o eres del todo indiferente, [...]” (*El agente...* 325). D. experimenta, al final, felizmente la primera opción.

Varios ingredientes de *El agente confidencial* aparecen también en la historia de la relación de amor del agente secreto Wormold con su hija Milly y la agente Beatriz. En primer lugar, está la fe tanto en el amor paternal y filial como en el marital. Después de que su esposa, de la cual “todavía estaba enamorado” (*Nuestro hombre...* 859) lo abandonara hace años, Wormold concentra toda su capacidad de amar en su hija de dieciséis años e intenta cumplir con todas sus exigencias y caprichos, malcriándola de esta forma. Si Milly no está en la casa, Wormold se siente solo y abandonado.

³⁴ Según Malik, Rose es una de “[t]he good-natured, cooperative, loving and caring heroines of Greene’s entertainments” (“las heroínas bien intencionadas, cooperativas, amables, preocupadas de los entretenimientos de Greene”) que aparecen de repente “soothing for the lonely, frustrated, exhausted and hunted heroes” (60) (“aliviando al héroe solitario, frustrado, exhausto y perseguido”), al igual que Anne Crowder en *Una pistola en venta* y Anna Hilfe en *El ministerio del miedo*. Según Richard Kelly, llama la atención la ausencia del deseo en la relación de D. y Rose: “After the death of K., D. takes Rose into his arms, and ‘everything was there except desire’” (126) (“Después de la muerte de K., D. toma a Rose en sus brazos y ‘todo había ahí menos deseo’”). Según G. Greene, “[t]he act of desire was an act of faith” (citado en Kelly 126) (“[e]l acto del deseo era un acto de fe”) y D., lamentablemente, carecía de esta fe.

Para asegurarle un futuro económico más seguro, se deja contratar por el servicio secreto inglés y se hace socio del lujoso Country Club. Como era de esperar, los hombres se sienten atraídos³⁵ por la belleza de Milly y especialmente el Capitán Segura, Jefe de la Policía Cubana, la corteja y le pide finalmente la mano al asustado padre que la considera todavía demasiado joven para casarse. Milly maneja, en cierta medida, la vida del protagonista y enfrenta a la secretaria Beatriz cuando percibe que podría surgir algo entre ella y su padre. Le expresa, por ejemplo, la confianza de que “[u]sar[á] la cabeza” (*Nuestro hombre...* 939) en su relación con su secretaria. Beatriz es una mujer separada hace años de su marido Peter y tiene un gran talento organizativo del que Wormold carece. Por lo tanto, se impone en la oficina, contrata gente, compra cosas, aconseja a Wormold en su relación con los jefes en Londres como con sus amigos y enemigos cubanos, y exige nuevas cosas como, por ejemplo, un “cuarto oscuro” (*Nuestro hombre...* 943) como medida de seguridad. Así va conquistando de a poco la confianza de Wormold. Paulatinamente, va entrando también en su vida privada, abriéndole lentamente la posibilidad de una nueva relación amorosa. Estando los dos en el Cha Cha Club rodeados de “[h]ermosas caras [que] miraban desde oscuros interiores” y “hermosos traseros apoyados contra las barandas”, Wormold confiesa que “[é]l no quería belleza [...], sino sinceridad” (*Nuestro hombre...* 953). Ante el gran afán de Beatriz de establecer contacto con sus agentes, Wormold se inquieta y siente varias veces la fuerte tentación de contarle que dichos agentes no existen en la realidad. Luego de sentir sus “manos hermosas, competentes” (*Nuestro hombre...* 1009), Wormold se percata de que ella ya no lleva anillo de matrimonio. Finalmente, luego del asesinato del Doctor Hasselbacher, cuando Wormold decide abandonar Cuba y volverse a Inglaterra, le confiesa todas sus mentiras e inventos, lo que ella toma bastante bien felicitándolo, incluso, por su capacidad de humor de la cual carecía su ex marido Peter.

³⁵ En la figura femenina de Milly se comprueba solo en menor grado la afirmación de Malik que “[i]n Greene’s novels, woman is continually subjected to sexual abuse, coercion, exploitation and assault” (178) (“[e]n las novelas de Greene, la mujer es continuamente sometida al abuso sexual, coerción, explotación y asalto”). La novela *Nuestro hombre en Habana* sí demuestra claramente el “man’s voyeuristic impulse” (Malik 177) (“impulso voyeurístico del hombre”). Además en las novelas de Greene se nos presentan ante todo, aunque no exclusivamente, imágenes convencionales de mujeres, lo que el autor parece considerar natural y “an irrevocable ‘given’ of women’s condition” (Malik 173) (“una ‘constante’ dada de la condición femenina”).

Aunque Greene no presenta en *El factor humano* un *happy end* como en las dos novelas de espías recientemente analizadas, sino solamente la esperanza de que Sarah pronto podrá reunirse con Castle en Moscú, sí parece estar muy interesado en mostrar una relación matrimonial feliz entre un blanco y una sudafricana bantú³⁶. De hecho, ambos se aman mucho y se tratan con cariño y delicadeza hasta en la esfera íntima. Hay una atmósfera de confianza entre ellos que permite, incluso, que Castle le crea a Sarah que ella “siempre estuv[er] enamorada de [él]. Incluso cuando qued[er] embarazada de Sam [...]” (*El factor...* 36). Su amor mutuo es “demasiado estable para necesitar seguros” (*El factor...* 266) y le permite a Castle, como ya se mencionó, relatarle a Sarah su actividad como doble agente por exigencia del colega comunista Carson en recompensa por su ayuda en la huída de Sarah de África del Sur. Sarah valora, ante todo, que ellos dos y Sam tienen su propio “país” que el protagonista “[n]unca h[a] traicionado” (*El factor...* 270). Por eso, al final de la novela y a pesar de su gran amor por Castle, no está dispuesta a viajar sin Sam a Moscú, sino que prefiere confiar en que pronto los tres podrán estar nuevamente juntos. Probablemente, Meena Malik tiene razón cuando describe a Sarah como “that rare phenomenon in Greenland –a happy wife and mother whose island of domestic bliss defies the claims of religion³⁷, politics, countries and continents”, y a Castle, al igual que Scobie en *El corazón del asunto*, como “a man in love who is corrupted by sentiment: [who] became a naturalized black when [he] fall in love with Sarah” (*El factor...* 69-70).³⁸

Sin embargo, en *El tercer hombre* surge claramente otra imagen de la relación del protagonista con la mujer. El espía-detective Rollo Martins no tiene la intención de enamorarse de una mujer y menos de la pareja de su

³⁶ Según Meena Malik, “[a]pparently, the novel seems to depict a contented and equal marriage between a white man and a black woman of equal intellect and learning with a child to whom they are attached. They are Greene’s happiest couple, [...]” (70) (“la novela, aparentemente, muestra un matrimonio contento y igualitario entre un hombre blanco y una mujer negra de similar inteligencia y aprendizaje y unidos a un niño. Ellos son la pareja más feliz de Greene, [...]”).

³⁷ Según Francis L. Kunkel, incluso, “the idealized heroine plays the role of a mysterious and slightly blind instrument of Providence” (75) (“la heroína idealizada juega el rol de un instrumento misterioso y un poco ciego de la Providencia”).

³⁸ “Este fenómeno raro en el país de Greene –esposa y madre feliz cuya isla de felicidad doméstica defiende las exigencias de la religión, de la política, de países y continentes”; “un hombre que ama y es corrompido por el sentimiento: [quien] se convirtió en negro cuando se enamoró de Sarah”.

amigo desaparecido Harry Lime, sin embargo, Anna Schmidt le encanta rápidamente. Lo que le pasa es que su mente, “[t]ras un par de copas, [...] pasaba a considerar la cuestión de las mujeres de una manera vaga, sentimental y romántica, englobando a todo el género femenino en su conjunto” (*El tercer...* 582).

A sentimentalist, swaggerer, drinker, and puritan, Martins seduces women indefatigably yet refers to them as ‘incidents’, as if they had no connection to him. [...] Seducing women in Dublin, Amsterdam, and elsewhere, he offloads his hysteria onto women. [...] Martins’s troubled devotion to Harry translates into a troubled seduction of Anna” (Hepburn 117)³⁹.

No sorprende, por tanto, que Rollo Martins pronto “[q]uería hacer el amor con ella, y nada más: sin tonterías ni sentimentalismos” (*El tercer...* 611). No obstante, Anna Schmidt, bastante mediocre y nada bella, sigue amando a Harry Lime a pesar de que Rollo Martins le cuenta todo el mal que está causando. Tampoco está dispuesto “a mover un dedo” (*El tercer...* 634) en contra de su ex amante Harry, que en sus sueños eróticos sigue siendo el protagonista. Anna es una mujer tolerante y “accepts people as they are” (Kunkel 74)⁴⁰. Según el profundo análisis de esta psicológicamente enredada relación de amor entre Anna y Martins de Allan Hepburn, “[f] or both Anna and Martins, Harry exists as a figment of ideals. Moreover, Anna loves Martins in reminiscence of Harry; Martins loves Anna in compensation for the loss of Harry” (118)⁴¹. Al final de la novela, tenemos nuevamente un *happy end*, dado que una mujer bastante más liberada que las anteriores⁴² “se cogió [del] brazo” de Rollo Martins como suele suceder “a

³⁹ “Un sentimental, fanfarrón, bebedor y puritano, Martins seduce infatigablemente a mujeres y se refiere a ellas como ‘incidentes’, como si no tuvieran ningún nexo con él. [...] Seduciendo a mujeres en Dublín, Amsterdam y en cualquier parte, traspa su histeria a las mujeres. [...] La devoción aprobada de Martins a Harry se transforma en una seducción aprobada a Anna.”

⁴⁰ “Acepta a la gente como es”

⁴¹ “[p]ara ambos, Anna y Martins, Harry existe como quimera de ideales. Más aún, Anna ama a Martins en reminiscencia de Harry; Martins ama a Anna en compensación de la pérdida de Harry.”

⁴² En la novela *Brighton, parque de atracciones*, Greene presenta, incluso, una detective, Ida Arnold, que sigue “dem Kodex des Detektivs in einem Roman Noir” (Koch 317) (“al código del detective de una novela policial negra”) y fusiona los aspectos negros con los “der *femme fatale*” (Koch 321) (“a

empezar las historias" (El tercer... 644) de amor. De esta forma, la relación de los espías greeneanos con las mujeres se presenta más variada y menos tradicional que algunos críticos como, por ejemplo, Meena Malik suponen.

e) Relación con amigos, agentes secretos, jefes y policías

En *El agente confidencial*, la conducta de D. está decisivamente influenciada por L., el agente secreto de los nacionalistas españoles, quien igualmente busca conseguir carbón en Inglaterra. Mientras que el humilde D. está solo y le fallan todos los que iban ayudarlo menos Rose, el aristócrata L. dispone de varios colaboradores que le hacen la vida imposible a D. observándolo todo el tiempo e, incluso, atacándolo físicamente. L. conoce la vida de D. y le comunica que los nacionalistas ya fusilaron al comandante que mató a la esposa de D. Además, considera a D. "más idealista que [él]" (*El agente...* 340). No obstante, en varias ocasiones de la primera parte, L. da órdenes a su gente de atacar a D., quien desconoce estos códigos. Finalmente, ambos agentes españoles se anulan mutuamente y fracasan en su misión secreta.

Ya se ha dicho que D. se defiende mejor en la segunda parte, donde está más activo con el fin de vengar la muerte de la chica Else. En busca de la encargada del hotel donde Else trabajaba y al señor K., les advierte a los policías que "[s]i no hace[n] su trabajo, lo hará [él]" (*El agente...* 420). De hecho, toma preso a K. y lo interroga, pero no lo mata ni lo golpea, como había amenazado e intentado. Lo mismo le sucede con L. Al final, en las minas, una banda anárquica juvenil salva a D., escondiéndolo en una determinada casa mientras que los policías lo buscaban en otra. Sin embargo, una explosión posterior en una mina sepulta a D. y lo convierte en preso de la policía que lo interroga por largas horas, intentando "achacarle la muerte de K.". A D. "le resultó divertido encontrar que la policía había sido muy justa (*El agente...* 508) al dejarlo ir por falta de pruebas. Aun antes

la *mujer fatal*"). Así, por ejemplo, "setzt sie wie diese ihre Reize bewusst ein und instrumentalisiert ihre männlichen Begleiter in ihrem Sinne. Dabei benutzt sie ihre grosse Oberweite fast als Waffe, [...]" (Koch 321) („usa sus encantos femeninos, en forma consciente, y instrumentaliza a sus compañeros masculinos para sus propósitos. Así se sirve de su gran busto casi como arma, [...]"). De esta forma, lleva rasgos tanto de "einer oberflächlichen Populärkultur, aber auch Züge von [...] Brigid O'Shaughnessy" (Koch 348) („una cultura popular superficial, pero también rasgos de [...] Brigid O'Shaughnessy"), la *femme fatal* del Halcón maltés de Dashiell Hammett.

de partir en barco a España, se entera de que la 'loca' encargada del hotel mató a Else. Su olfato detectivesco se ve así confirmado.

En *El tercer hombre*, tanto la relación entre los amigos Harry Lime y Rollo Martins como la relación tensa de este último con la policía militar son de especial interés. Al comienzo de su estadía en Viena, Martins le cree casi nada a la policía militar y busca solo a su desaparecido y aparentemente muerto amigo, es decir, al tercer hombre que estuvo presente en el fatal atropello de Lime, según las declaraciones del vecino Koch. En las conversaciones con el coronel Calloway –que es el narrador del relato– Martins, que siempre detestaba a la policía por ser corrupta y estúpida, pretende golpearlo mientras le dice que su amigo Lime probablemente lo invitó para incorporarlo a su organización delictiva y que merecía “muchísimos años de cárcel” (*El tercer...* 551), ante todo, por su tráfico negro con penicilina que ya había causado varias muertes. Por eso, Calloway le reserva un vuelo a Inglaterra para que el protagonista vuelva lo antes posible a Londres. Al escuchar estas acusaciones contra su amigo, el furioso Martins se abalanza sobre Calloway, sin embargo, antes de poder intentarlo otra vez, el policía “Paine le soltó un puñetazo en la boca”, dejándolo “con el labio partido y sangrando” (*El tercer...* 554). Martins, por supuesto, no vuelve a Inglaterra y sigue tanto la búsqueda de su amigo Lime como protegiendo a Anna Schmidt. Más adelante, es obligado por la policía a presentarse ante el coronel Calloway, quien lo informa más detalladamente de los negocios sucios de Harry Lime y del hecho de que varios niños con meningitis murieron ya a causa del empleo de la penicilina vendida por Lime. Ante la solidez de las afirmaciones de Calloway, Martins comienza a abrirse a creerle y pretende volver a Inglaterra. Sin embargo, esta vez se invierten los roles y el coronel Calloway le pide quedarse y ayudarlo a la policía en la busca del tercer hombre. De esta forma, una relación muy tensa se convierte en una colaboración abierta. Por ejemplo, a petición de Martins Calloway libera a Anna Schmidt, que tenía un falso pasaporte húngaro, de las manos de los rusos. Y al concluir el relato, Martins persigue junto con la policía al finalmente por él encontrado Harry Lime en las cloacas subterráneas de Viena y “le pegó un tiro”. El coronel Calloway comenta solamente: “– Mejor será que nos olvidemos de esta última parte” (*El tercer...* 643), y deja irse tranquilamente

a un Rollo Martins consternado por la actitud cínica de su ex amigo Harry Lime, que en su último encuentro expresa su desprecio de la vida y su ambición sin límite de la siguiente forma:

–¿Cuánto te sacas al año con tus novelas del Oeste, viejo?

– Mil libras.

– Brutas. Yo me saco treinta mil netas. Es lo que se lleva hoy día, viejo. En estos tiempos nadie piensa en los seres humanos. Si los gobiernos no lo hacen, ¿por qué vamos a hacerlo nosotros? Se llenan la boca con el pueblo y el proletariado, pero yo prefiero hablar de los primos y de pardillos. Es lo mismo. Ellos tienen sus planes quinquenales y yo también. (*El tercer...* 632).

El hecho de que su amigo Harry Lime abandonara todos sus anteriores valores morales y religiosos⁴³ con las nefastas consecuencias ya mencionadas, provoca, finalmente, en Rollo Martins la ruptura de la amistad y dolorosa traición. Al final, Martins está muy confundido y, en palabras de Allan Hepburn, “[h]e wants Harry alive. He wants Harry dead. He doesn’t know what he wants” (118)⁴⁴. Además, el conflicto interior de Rollo Martins confirma las palabras de Bernard Bergonzi en el sentido de que la obra literaria greeneana “was much concerned with betrayal and loss, cruelty and evil” (93)⁴⁵.

Maurice Castle, el protagonista de la novela *El factor humano*, tiene por su parte un conflicto interior importante en relación a la lealtad a su país natal Inglaterra. Ya se mencionó su calidad de doble agente producto de que el comunista Carson se hizo pagar su apoyo a la huida de Sarah de África del Sur con la colaboración de Castle con el servicio secreto ruso. No en los ojos de su esposa Sarah, que comprende y valora su opción por ella, su hijo Sam y África del Sur, pero sí en los de su madre, “[h]e is a traitor,

⁴³ Según De Vitis, “[t]heir faith becomes important in the final action of the story, for Rollo’s pity overwhelms his sense of justice, and he kills Harry rather than allow him to endure pain” (44) (“su fe adquiere importancia en la acción final de la historia, porque la compasión de Rollo sobrecoge su sentido de justicia, y él mata a Harry más bien para no sentir más pena”).

⁴⁴ “[é]l quiere a Harry vivo. Él quiere a Harry muerto. Él no sabe lo que quiere”.

⁴⁵ “Tenía mucho que ver con la traición y la pérdida, la crueldad y el mal”.

the worst of men". Ella no entiende que su hijo "works por Africa, not for Communism" (Atkins, 2010: 196)⁴⁶.

El principal adversario de Castle en el Servicio Secreto Británico es el oportunista desfachatado Dr. Percival, que está a cargo de la investigación sobre la filtración de informaciones en la sección de Castle. Percival "questions the whole ethical background of political loyalties" (Atkins, 2010:197)⁴⁷. En su juventud simpatizaba con ideas comunistas y creó en el internacionalismo, pero con los años se ha convertido en anti-demócrata que rechaza "a la perniciosa doctrina de 'un hombre, un voto'" (*El factor...* 114) y en defensor feroz del nacionalismo. Para él, todo se ha convertido en un juego y él disfruta, como le revela a su jefe, "con el juego que estamos jugando. Disfruto, sólo disfruto. No finjo ser un entusiasta de Dios ni de Marx. ¡Cuidado con los que tienen fe! No son jugadores dignos de confianza" (*El factor...* 236). La palabra traidor le parece anticuada y, a diferencia de su jefe John Hargreaves, alias C., que no impide el proceder de Percival, y de su colaborador subordinado Daintry, que al final renunciará en protesta por los métodos poco científicos e inhumanos del Dr. Perceval, no tiene ningún escrúpulo en matar a Davis, el joven colega de oficina de Castle, del cual sospechaba ser el autor de las filtraciones, a pesar de la clara falta de pruebas. Bastaba creer que Davis era un poco mujeriego a lo "James Bond", bastante aficionado al alcohol, algo arriesgado en el manejo del dinero y, en resumen, un "soñador" (*El factor...* 71), para convertirlo en el sospechoso principal. Percival lo declara, incluso, un "maníaco depresivo" con "un elemento esquizoide, esencial para un agente doble" (*El factor...* 116). Castle, al contrario, gozaba de respeto y aprecio por parte de sus jefes debido a su vida pequeñoburguesa más bien tradicional, fuera de estar casado con una sudafricana. Como jefe directo de Davis, el protagonista intenta ayudarlo solicitando, por ejemplo, su traslado a África. Tras la muerte inesperada de Davis, Castle se entera de que Percival y su estrecho colaborador, el sadista y conformista Cornelius Muller, un conocido defensor del sistema del *apartheid*, que le ha hecho difícil la vida a él y a Sarah en África del Sur, han ordenado asesinar

⁴⁶ "[é]l es un traidor, el peor de los hombres"; "trabaja para África, no para el comunismo".

⁴⁷ "Cuestiona todo el trasfondo ético de las lealtades políticas".

también a Carson. La desconfianza mutua entre Castle y sus jefes se torna cada vez más insoportable y lo hace huir del país.

No mucho menos complicadas son las relaciones humanas de Castle con los agentes comunistas. En la persona del viejo dueño de una pequeña pero respetable librería, el Sr. Halliday, Greene crea una figura contrastante al Dr. Percival. Halliday le cuenta a Castle casi al final de la novela que es “miembro del Partido en la clandestinidad, podríamos decir, desde que era muchacho” y lo ha sido sin interrupción hasta el presente. “De joven vi[o] lo suficiente en Rusia... y también en Inglaterra durante la Depresión, cuando volví... para estar inmunizado contra los pequeños accidentes”, como él llama a “Stalin, Hungría, Checoslovaquia” (*El factor...* 315 y 316). Con él, Castle ha llevado durante años una relación estable, tranquila y hasta cariñosa sin saber que era comunista.

También con Boris, el contacto ruso con el KGB, Castle ha tenido un trato bastante amistoso. Ambos conversan de sus respectivas ‘Casas’, es decir, organizaciones secretas, sabiendo “cómo ocurren las cosas en [una] Casa. En la [otra] es lo mismo” (*El factor...* 171). Ambos se quejan de que viven amarrados a estructuras y reglamentos demasiado limitantes. Cuando las cosas se ponen claramente peligrosas para Castle, Boris le promete que los agentes rusos les sacarán del país tanto a él como a Sarah y Sam. Sin embargo, solamente Castle está al final en Moscú, y Boris le comunica “que las cosas no serán tan fáciles...” (*El factor...* 373). Castle se siente bastante abandonado, abusado y aburrido en esta ciudad extraña y se queja frente a otro agente ruso: “Ni siquiera tengo trabajo. Soy un hombre sin nada que hacer. ¿Este es vuestro maldito socialismo?” (*El factor...* 360). De esta forma, él termina desilusionado de ambas ‘Casas’. Con razón, Christoph Schöneich constata, en *El factor humano*, “the amorality of ‘Spionagetätigkeit’ [...], a term that denotes not simply espionage as an occupation but all those activities sanctioned under its aegis”⁴⁸ (citado en Snyder 78), cualidad ejemplificada en el brutal asesinato de Davis por parte del Dr. Percival.

⁴⁸ “La amoralidad de la ‘actividad de espionaje’ [...], un término que denota no la simple actividad de espionaje como una ocupación, sino todas las actividades sancionadas bajo su amparo”.

En *Nuestro hombre en La Habana*, las críticas al Servicio Secreto Británico no apuntan a la cuestionable calidad moral de muchos de sus agentes, sino más bien a la ineptitud y el poco profesionalismo tanto de los mandos medios como de los jefes de la ‘Casa’. Luego de haber trabajado durante la Segunda Guerra Mundial en este servicio, Greene “looks at the system with a mocking, satirical eye” (Bergonzi 168)⁴⁹. En primer lugar, Greene presenta cómo el funcionario británico en el Caribe, el señor Hawthorne, elige en Cuba al Sr. Wormold como nuevo colaborador: “- Es usted un inglés patriota. Hace años que vive aquí. Es un miembro respetado de la Asociación de Comerciantes Europeos. Nos hace falta tener nuestro hombre en La Habana, ¿comprende?” (*Nuestro hombre...* 872). Queda claro que bastan muy pocos y bastante irrelevantes atributos para convertirse en espía inglés. Luego de una entrevista con Hawthorne, Wormold recibe su número de código y es autorizado a contratar a varios subagentes. Éste acepta dicho trabajo porque necesita dinero para vivir. A pesar de que es a todas luces una persona muy poco apta para el espionaje, Hawthorne lo considera, en una conversación con su jefe en Londres, “cien por ciento” confiable por ser “un hombre muy centrado, muy equilibrado” (*Nuestro hombre...* 890). Su jefe, para quien “[e]l secreto de utilizar con éxito un agente está en comprenderlo”, considera a Wormold más bien como perteneciente “a la época de Kipling” (*Nuestro hombre...* 891), es decir, al pasado. Hawthorne y su jefe intercambian, en forma bastante ligera y poco profesional, apreciaciones y juicios morales y psicológicos sobre Wormold, como si lo conocieran profundamente. No sorprende que ambos no se percaten del hecho de que el protagonista, fuera de pedir gastos extra para hacerse socio del Country Club como se lo pedía su hija Milly, inventa por inexperiencia y por necesidad toda una red de subagentes y emite informes, planos y fotografías ficticios que tanto sus jefes en Londres como otros servicios secretos toman en serio, considerándolo “un material bastante inquietante” (*Nuestro hombre...* 920). En honor al Servicio Secreto Británico sea dicho que el agente londinense Savage dijo “que uno de los planos le recordaba una gigantesca aspiradora” (*Nuestro hombre...* 921). No obstante, su intuición acertada no es tomada muy en cuenta dado que los servicios secretos enemigos parecen creer a ciencia cierta en la veracidad de los planos. Este

⁴⁹ “Mira el sistema con un ojo burlesco y satírico”.

último hecho prueba, para Hawthorne, “que los planos son auténticos” (*Nuestro hombre...* 1004). Cuando estos matan al supuesto subagente Raúl, Wormold se percata de que su ficción se convirtió en realidad, pero Londres sigue confiando en él y le ayudan a huir de Cuba y volver a Londres, a pesar de que confesó al final sus inventos, para incorporarse, según las palabras del jefe, que prefiere mantener la imagen “en nuestro cuerpo de profesores, conferencias sobre cómo dirigir un equipo en el extranjero” (*Nuestro hombre...*1060). Además, será condecorado. De Hawthorne, al contrario, “todos pedían a gritos su cabeza, todos menos el jefe”, que prefiere resolver el problema notificando “al Almirantazgo, al Ministerio de Guerra y al de Aeronáutica que los informes recibidos de La Habana en los últimos seis meses no son fiables” (*Nuestro hombre...* 1061). De esta forma, el jefe del Servicio Secreto Británico intenta borrar el hecho de que son, en palabras de su agente Beatriz, unos “idiotas” (*Nuestro hombre...* 1051) que, según esta comedia greeneana, que se equivocan demasiado fácilmente por no actuar con el debido profesionalismo.

Un carácter algo más profesional tiene la relación de Wormold con el Capitán Segura, el jefe de la policía cubana, del cual se dice que tortura a los presos. Segura está enamorado de Milly, la hija de Wormold de solo diecisiete años, con la cual quiere casarse pronto y vivir en Miami, dado que no cree en “la amistad entre un hombre y una mujer” (*Nuestro hombre...* 931). Cuando Wormold no accede a su petición, el capitán Segura comienza a molestarlo. Lo amenaza durante un partido de damas con la “pérdida del permiso de residencia” (*Nuestro hombre...* 998), interviene los teléfonos de Wormold y de su amigo Dr. Hasselbacher y hace grabar sus conversaciones. Más adelante, lo interroga en otro partido de damas, haciéndole entender solapadamente que lo considera un agente secreto y que conoce a sus subagentes. Solamente lamenta que Wormold por ser extranjero goce del privilegio de ser “intorturabl[e]” (*Nuestro hombre...* 999). Cuando encuentran al Dr. Hasselbacher asesinado supuestamente por rebeldes del Oriente de Cuba, según la versión oficial y conveniente del capitán Segura, Wormold sabe que lo mataron agentes de los servicios secretos enemigos en represalia por haberle advertido a él que lo querían matar y que no asistiera a un almuerzo donde le tendían una trampa. El enfurecido Wormold va, no obstante, a dicho almuerzo y le da a un perro a beber el vaso envenenado por el agente

secreto Carter. La muerte instantánea del animal le confirma sus sospechas y lo hace tomar la decisión de matar a Carter. Al igual que su colega español D. en *El agente confidencial*, decide asesinar por venganza de un ser querido: “Mataría a Carter porque mató a Hasselbacher” y no “por [su] patria” ni “el capitalismo ni por el comunismo ni por el bienestar social” (*Nuestro hombre...* 1032). Para ejecutar dicho propósito, invita al capitán Segura supuestamente a hablar de muchas cosas y le propone jugar una partida en memoria al doctor Hasselbacher con “veinticuatro botellas de whisky en miniatura: doce de *bourbon* frente a doce de *scotch*” (*Nuestro hombre...* 1037). El propósito verdadero de Wormold es emborrachar al capitán Seguro y apoderarse de su revólver, lo que finalmente logra. Sin embargo, luego de llevar a Carter a un prostíbulo, Wormold le tira un primer disparo destruyendo solamente un apreciado cigarrillo Dunhill. Recién cuando Carter devuelve el disparo, es decir, en defensa propia, el protagonista termina el duelo con un tercer disparo certero y logra devolverle el revólver a un capitán Segura aun durmiendo la borrachera. Este, sin embargo, toma venganza acusándolo ante el embajador de mandar “una serie de informes falsos” y falsificar “cierto documento” (*Nuestro hombre...* 1053); acusaciones graves que llevan al embajador inglés a sugerirle a Wormold regresar a Inglaterra. El capitán Segura supervisa su despedida en un acto oficial en el aeropuerto, dándole, no obstante, un carácter más amistoso al entregarle al agente un paquete, en el cual “había una botellita en miniatura de Grant’s Standfast y una bala disparada por un revólver de la policía” (*Nuestro hombre...* 1057). De esta forma, la relación entre el agente secreto inglés Wormhold y el jefe de la policía cubana termina en un empate medio amistoso que revela, según Bergonzi, que Greene, como reconoció más tarde, “played down the violence and corruption of that playground for Western tourists” en esta novela satírica y cómica situada “in the final years of the Batista dictatorship” (167)⁵⁰.

Finalmente, la relación de amistad entre el inglés Wormold y el alemán Dr. Hasselbacher, a diferencia de la relación conflictiva entre los ingleses Rollo Martins y Harry Lime, es sumamente profunda, noble e impactante, y revela el alto aprecio que Graham Greene le tenía a la amistad⁵¹.

⁵⁰ “Le bajó el perfil a la violencia y la corrupción del escenario por causa de los turistas occidentales”; “En los últimos años de la dictadura de Batista”.

⁵¹ Cf. al respecto las afirmaciones del arriba citado amigo español Leopoldo Durán.

Wormold y Hasselbacher se encuentran prácticamente todos los días en la mañana “en el bar Wonder” (*Nuestro hombre...* 849) para tomarse unos tragos tempraneros y conversar. A pesar de que se conocen hace años y el solitario viudo Hasselbacher se honra del privilegio de “ser uno de la familia” de Wormold,

[e]ra típico del Doctor Hasselbacher que después de quince años de amistad todavía siguiera usando el tratamiento de *mister*: la amistad avanzaba con la lentitud y seguridad de un diagnóstico cuidadoso. En su lecho de muerte, cuando el doctor Hasselbacher viniera a tomarle el pulso debilitado, tal vez *mister* Wormold se convertiría en Jim (*Nuestro hombre...* 849 y 850)⁵².

Como hombre ya mayor, Hasselbacher invita a su amigo más joven a relajarse, está dispuesto a prestarle dinero y lo aconseja permanentemente sobre la relación con su joven hija Milly y los asuntos profesionales. Obviamente discuten sobre política, destacándose Hasselbacher por su rechazo tanto a “Oriente” como a “Occidente”. Según él, “[I]os dos son una peste” (*Nuestro hombre...* 877). Consecuentemente, cuando Wormold le confiesa a Hasselbacher sus actividades como agente secreto inglés y que al capitán Segura no le gusta su amistad y que los están investigando, Hasselbacher le aconseja tener cuidado y aceptar su dinero, pero sin darle “nada a cambio. Usted es vulnerable a los Seguras de este mundo. Límitese a mentir y conserve su libertad. No merecen la verdad” (*Nuestro hombre...* 902). Más adelante, efectivamente, la policía cubana comienza a molestar al doctor Hasselbacher robándole, por ejemplo, algunos papeles. Los amigos no se ven durante algún tiempo, dado que Wormold le hizo sufrir una humillación al verlo, en forma inadvertida, en su dormitorio vestido con “el antiguo uniforme de un ulano” (*Nuestro hombre...* 984), descubriendo, así, el silenciado pasado militar de su amigo alemán. Se reencuentran solamente al final cuando Hasselbacher en el vestíbulo del Hotel Nacional le advierte que “[I]e van a matar” (*Nuestro hombre...* 1013), salvándole, así, la vida a

⁵² Hay en estas líneas una crítica más bien humorística a la amistad ‘a la inglesa’. No hay que olvidar que el escenario de esta novela es La Habana, la capital de Cuba, un país caribeño donde sabidamente se cultiva mucho la amistad.

su amigo Wormold quien, por su parte y como ya se mencionó más arriba, por lealtad mata al asesino de su amigo. De esta forma, Greene crea en la conducta de ambos uno de sus más logrados homenajes a la amistad.

f) *Postura filosófica-teológica*

A pesar de que “Greene’s protagonists in the entertainments, unlike most of their counterparts in the novels, explicitly disavow belief in God” (Kulshrestha 187)⁵³, y sabemos que pretendía presentar un mundo “abandoned by God” (Snyder 52), al igual que los existencialistas ateos franceses Sartre y Camus, por ejemplo, no cabe duda de que la fe religiosa interpela a sus agentes secretos. Greene logra profundizar esta dimensión solamente en *El factor humano*, una de sus grandes novelas con formato de *thriller*, pero también los personajes de D. y Wormold, al igual que Castle, son más bien “half believer[s]” (96)⁵⁴, según la definición acertada de Kelly. Se trata de personas que dicen no creer pero que, al mismo tiempo, se sienten interpeladas por la existencia de Dios y desean tener fe. Rollo Martins es un caso aparte dado que aparentemente es católico.

D., por ejemplo, “no creía en Dios, no tenía hogar” (*El agente...* 459), y supone “que si creyese en un Dios sería mucho más sencillo” cometer “atrocidades como los demás” (*El agente...* 372). De hecho, mata a K., el asesino de la inocente joven Else, porque no cree en Dios. No obstante, en palabras de su amiga Rose Cullen, que también es atea, ambos son “desafortunados. No creemos en Dios. Así que no sirve nada rezar. Si creyésemos podríamos rezar el rosario, encender cirios, no sé, un centenar de cosas. Tal como está todo, sólo puedo cruzar los dedos” (*El agente...* 475-76). Cierta grado de sensibilidad religiosa de D. tiene su origen, también, en su trabajo académico de profesor de literatura medieval, una edad conocidamente marcada por la fe, unida “por un credo común”, mientras que ahora “había tantas variedades de materialismo económico” (*El agente...* 367). No sorprende, por tanto, que D. escuche respetuosamente una oración bastante al final de la novela.

⁵³ “Los protagonistas greeneanos de las novelas de entretenimiento, a diferencia de sus contrapartes en sus otras novelas, desaprueban explícitamente la fe en Dios”.

⁵⁴ “Creyentes a medias”.

Aparentemente, también Wormold no cree en nada, pero permite y respeta la explícita fe católica⁵⁵ de su hija Milly, a la cual quiere tan desmesuradamente que no es capaz de negarle algo. En el fondo le gustaría que su hija “fuera todavía capaz de creer en cuentos de hadas: una virgen que daba a luz un hijo [...]” (*Nuestro hombre...* 916). A pesar de su aparente increencia religiosa, sí posee cierta cultura católica. Por ejemplo, sabe “que san Judas es el patrón de las causas perdidas” y que “Dios no aprende por experiencia” (*Nuestro hombre...* 865 y 875). Aunque Wormold no confiesa un credo religioso propiamente tal, sí cree en el “verdadero” (*Nuestro hombre...* 945) amor que sintió por su esposa que aún ama y por su verdadero y leal amigo Hasselbacher. De esta forma, aprecia el valor más importante de la fe cristiana.

Castle, por su parte, acompañado de su no creyente esposa Sarah, está vacilando permanentemente entre fe y duda, entre la fe cristiana y la ideología comunista. Como él mismo relata,

[a]bandon[ó] a Dios en la capilla del colegio. Pero en África encontr[ó] a algunos sacerdotes que [le] devolvieron la fe... sólo durante un momento, el tiempo de tomar una copa. Si todos los sacerdotes hubieran sido como ellos [...], tal vez [se] habría tragado la Resurrección, la Inmaculada concepción, Lázaro y todo lo demás. [...]

Quizá nació para ser un creyente a medias. [...]

No tengo más fe en Marx o en Lenin que en San Pablo (*El factor...* 156).

⁵⁵ En la persona de Milly, Greene crea una figura literaria cuya fe católica y, ante todo, cuya puesta en práctica de dicha fe es muy cuestionable. Milly es aparentemente una católica observante y piadosa: va a menudo a misa llevando a veces a su padre, reza rosarios por él, a quien quiere convertir en creyente, y por su madre para que vuelva a ser nuevamente una buena católica; tiene buenas notas en la clase de religión del colegio de monjas norteamericanas; ayuna para economizar los gastos del padre, etc. Sin embargo, al mismo tiempo, todos estos actos religiosos piadosos son contaminados por intereses egoístas. Por ejemplo, chantajea a su padre con el rezo de una novena para conseguir que él le compre un caballo. Además, fuma a escondidas y actúa en forma claramente descontrolada al prenderle “fuego a un muchacho llamado Thomas Earl Parkman, hijo” (*Nuestro hombre...* 858), aunque fue en defensa propia. A pesar de que Greene configuró, así y en forma algo irónica, una católica joven con una conducta bastante cuestionable y ligeramente hipócrita, no deja de tener razón Bernard Bergonzi cuando afirma que “[s]he is one of Greene’s convincing female characters, who lights up the story when she appears. Milly is very likeable, but extravagant; [...]” (168) (“[e]lla es una de los caracteres femeninos más convincentes de Greene que ilumina la historia cuando aparece. Milly es muy querible, pero extravagante”).

A pesar de sus grandes dudas sobre los dogmas católicos, como, por ejemplo, la existencia del más allá, le gustaría acercarse a “Cristo, la legendaria figura en la que habría querido creer” (*El factor...*). Su fe de niño y su posterior confianza en algunos sacerdotes le posibilitaron, probablemente, el hecho de que, al comienzo de la novela, “entró un momento en la iglesia parroquial” dado que “sintió el repentino deseo de hacer una acción de gracias –aunque sólo fuese un mito– porque Sam estaba ya a salvo” (*El factor...* 81) de una peligrosa enfermedad. En forma parecida, bastante más adelante, siente el deseo de conversar con un sacerdote sin confesarse. Se acerca a un confesionario y el perfil del sacerdote le parece ser de “un detective de cine”, es decir, de un interrogador implacable. Lamentablemente, el sacerdote cuestiona su “clase de catolicismo” y lo manda a dirigirse “a un sacerdote de [su] Iglesia”. Cuando Castle, finalmente, declara no tener Iglesia, el sacerdote “cre[e] que lo que necesit[a] es un médico” (*El factor...* 264-65). De esta forma, Greene nos entrega dos versiones de sacerdotes: la primera de sacerdotes atractivos que lo atraían en su juventud; y la segunda de sacerdotes que se caracterizan por su falta de abertura, acogimiento y comprensión humana que alejan más bien a los interesados en la fe y en la persona de Cristo como Castle.

A diferencia de sus tres colegas, Greene crea en Rollo Martins a un agente secreto-detective que no reflexiona mucho sobre su fe o falta de fe, aunque aparentemente es un creyente católico. Por lo menos, él recuerda que su amigo Harry Lime era católico en el colegio. Como no entiende las recientes acciones de contrabando de penicilina de Lime, de carácter más bien inmoral e incompatible con el humanismo cristiano-católico, lo interpela, al final de la novela, en la siguiente conversación respecto de su fe anterior. Harry se defiende de esta manera:

- Antes eras católico.
- Y sigo siendo creyente, viejo. En Dios, en la misericordia y todo eso. Yo no daño el alma de nadie con lo que hago. Los muertos están más felices muertos. Los pobres diablos no pierden mucho por aquí –agregó con aquel extraño acento suyo de piedad genuina–, [...] (*El tercer...* 632).

En la figura literaria de Harry Lime, Greene construye una persona de confesión católica cuya práctica religiosa es sencillamente cínica, totalmente inaceptable y repudiable. Pareciera que en estas novelas de entretención analizadas, Greene no presenta ninguna figura católica atrayente y convincente, sino más bien figuras católicas bastante cuestionables como Milly y, en mayor grado, Harry Lime, o como Castle, D. y Wormold, quienes sin ser creyentes y practicantes de un credo determinado, sí son capaces de amar y manifestar cierto interés en la fe y la figura de Cristo. Está claro a cuales Greene prefiere, con excepción, tal vez, de Rollo Martins que siendo aparentemente católico revela, por lo menos al final del *Tercer hombre*, una conducta moral correcta y coincidente con la fe cristiana, puesto que enfrenta a su ex amigo Harry Lime y acaba con su práctica maligna. Sin embargo, su dificultad de controlar su impulso sexual, por otra parte, lo pone también en dificultad con la moral sexual católica. Se confirma, así, que no hay figura católica completamente convincente en las novelas de entretención greeneanas.

g) Postura y crítica sociales y políticas

Estrechamente vinculada a la creencia religiosa se encuentra la postura social y política de los agentes secretos greeneanos. En el caso de Castle, por ejemplo, ya se mencionó que su rechazo de todos los grandes relatos provengan tanto de San Pablo como de Marx.

Respetando nuevamente el orden cronológico, analicemos esta temática primero en el agente secreto D. Él debe actuar en tiempo de la Guerra Civil española, en el cual “cosas horribles suelen suceder” (*El agente...* 340), donde reinan la violencia más brutal, el odio a los extranjeros y la desconfianza más absoluta. Cuando llega a Inglaterra, “un país que había conocido la paz civil durante doscientos cincuenta años” (*El agente...* 518) y donde funcionaba la justicia, respira al comienzo algo más de paz y confianza, sin embargo, pronto se da cuenta de que “la sospecha⁵⁶, que era la atmósfera de su propia vida, [no] se debía a la Guerra Civil, [...]”

⁵⁶ Según Robert Lance Snyder, Greene describe en *El agente confidencial* un mundo que se parece incluso a una prisión y alude al “Panopticon” (60) de Michel Foucault.

[sino] que estaba por todas partes: formaba parte de la esencia humana” (*El agente...* 376). Además, junto con la atmósfera de odio y desconfianza, D. percibe “[l]a traición [que] oscurecía todo el entorno” (*El agente...* 419). Este mundo distorsionado le parece a D. un campo de batalla espiritual y político (cf. Snyder 54), que, además, está fraccionado socialmente. Su enemigo y competidor L. “representaba a la aristocracia, los marqueses, generales y obispos, que vivían en un curioso mundo formal propio, [...]”, que se destaca por su “ignorancia”, la cual, según D. como representante “de los profesionales y trabajadores” (*El agente...* 365), no se debe subestimar por sus consecuencias nefastas. Aunque es un republicano español partidario de la gente humilde, D. no se adscribe al comunismo dado que “no acept[a] a fondo en su corazón [...] aspectos del materialismo económico” (*El agente...* 320). Se trata más bien una persona bien intencionada e idealista que “[s]oñaba con la paz universal” (*El agente...* 355). En palabras de Michael Brennan, podemos agregar que D. “represents the vigour of intellectual honesty and the innate decency of humanity” (66)⁵⁷.

También la Viena de la posguerra, el escenario de *El tercer hombre*, está aún marcada por las consecuencias de una guerra, es decir, la Segunda Guerra Mundial. Esta antes tan bella ciudad austríaca está ahora dividida en cuatro zonas administradas por norteamericanos, ingleses, franceses y rusos, respectivamente. A Rollo Martins, quien entra el siete de febrero de 1948 a este lugar, le parece más bien “una ciudad sembrada de ruinas sin dignidad” (*El tercer...* 540), reflejo fiel de un mundo en conflicto con sus permanentes secuestros y pequeñas rencillas entre las distintas fuerzas de ocupación. Anna Schmidt es una de las víctimas de dicha precaria situación, dado que los rusos pretenden sacarla del sector británico, a causa de su pasaporte húngaro supuestamente falso. Aunque Greene no presenta en los protagonistas de este *thriller* aspectos de una ideología nítidamente política, sí muestra un mundo de “[f]ear, as an element of political motivation and response” (Hepburn 112)⁵⁸, que estremece a los protagonistas.

Mientras que el trasfondo histórico de las dos últimas novelas es principalmente marcado por la guerra, *Nuestro hombre en La Habana* refleja más

⁵⁷ “Representa el vigor de la honestidad intelectual y la decencia innata de la humanidad”.

⁵⁸ “Miedo, como un elemento de motivación y respuesta políticas”.

bien la Guerra Fría entre EE.UU. y Rusia, entre los sistemas capitalista y comunista, comprobando de paso la afirmación de muchos críticos literarios de que Greene, después de la Segunda Guerra Mundial, disminuye paulatinamente la temática religiosa para representar más intensamente la dimensión política del mundo. A pesar de que Wormold parece ser más bien un hombre apolítico y sin postura determinada, sí hay en esta novela una clara crítica social y política. Por ejemplo, el escenario es la ciudad de La Habana y la isla de Cuba durante los últimos años del régimen dictatorial de Batista. Se mencionan “las crueldades de las comisarías de policía y los gobiernos” (*Nuestro hombre...* 875), de las cuales ya se habló antes en el análisis de la relación de Wormold con el capitán Segura. Hay que agregar los negocios “redondos” que los políticos⁵⁹ maquinan con los números de la lotería, el “intercambio sexual” que aparece como “la principal actividad comercial de la ciudad” (*Nuestro hombre...* 900) y el tráfico “con cocaína, opio y marihuana” facilitado por “aduaneros sobornados” (*Nuestro hombre...* 942). El problema político más relevante, sin embargo, es la existencia de fuerzas militares revolucionarias en las montañas del sur del país, por ejemplo, en la ciudad de Santiago de Cuba, donde “[c]ualquier casa podía ocultar un hombre huido” (*Nuestro hombre...* 908). En La Habana, esta situación política tensa se refleja en el toque de queda, las calles abandonadas después de oscurecer y las frecuentes patrullas militares.

Ahora bien, en Jamaica las cosas están aún peores. A Wormold, pisando dicho país caribeño, “le abrumaron la suciedad y el calor”, y se pregunta:

¿A qué obedecía la mugre de las posesiones británicas? Los españoles, los franceses y los portugueses construían ciudades donde se afincaban, pero los ingleses se limitaban a dejarlas crecer. La calle más pobre de La Habana tenía dignidad, comparada con la vida en las barracas de Kingston: [...]” (*Nuestro hombre...* 1003).

Otra crítica greeneana a los ingleses se encarna en la figura del agente Carter que, para Wormold, representa “el esnobismo inglés, la vulgaridad in-

⁵⁹ Según Beatriz, “ser miembro del parlamento” es uno de “otros muchos trabajos que no son verdaderos” (*Nuestro hombre...* 944).

glesa, todo ese sentimiento de afinidad y seguridad que para él implicaba la palabra Inglaterra" (*Nuestro hombre...* 1014).

Un tono más humorístico adquiere la crítica a los alemanes en la figura del doctor Hasselbacher, a quien, como ya se mencionó, Wormold sorprendió vestido de un antiguo uniforme de ulano con "un viejo casco *pickelhaubes* (sic), pechera, botas, guantes blancos, [...]" (*Nuestro hombre...* 984). En el ocultamiento de Hasselbacher de su pasado militar y de su encuentro con nada menos que el Kaiser, en el cual éste le dirige la palabra confundiéndolo con otra persona, Greene pretende, sin duda, insinuar que por lo menos los alemanes más viejos son todos unos secretos monarquistas y admiradores de la actividad militar, unos militaristas. Los alemanes más jóvenes, presentes en la gran comida de los empresarios europeos en Cuba, al contrario, y según el narrador greeneano, "ostenta[n] la superioridad del *deutschmark* (sic) en sus facciones, como cicatrices de duelo: el honor nacional que había sobrevivido a Belsen dependía ahora de los tipos de cambios" (*Nuestro hombre...* 1015). Aquí Greene les recuerda a los alemanes que su milagro económico de la posguerra no es capaz de curar las cicatrices profundas que dejaron los campos de concentración en los cuerpos y almas no solamente de los judíos sino también de la humanidad entera.

En la novela *El factor humano*, Greene sigue criticando a su país natal por su racismo solapado, escondido debajo de un trato cortés. Especialmente Sarah se queja al final de la novela en este sentido, argumentando que "no quería vivir con cortesía, sino con amor" (*El factor...* 343). Por eso, insiste en abandonar Inglaterra e ir a un país con más diversidad étnica.

A Castle le indigna e inquieta, fuera de las debilidades e inmoralidades de sus jefes del servicio secreto inglés ya indicadas, ante todo, el famoso plan secreto "Tío Remus" que consiste, según él, en "unirnos a Estados Unidos para ayudar a esos cabrones del *apartheid*" (*El factor...* 174), en usar bombas atómicas contra la población negra como armas tácticas, que no producen rechazo en el mundo entero, y, sin duda, disfrutar del oro sudafricano en forma descarada. La indignación de Castle tiene su causa también en el hecho de que él pretende realizar "un estudio sociológico serio, objetivo [...] sobre el *apartheid*" (*El factor...* 143) para poder rechazar este sistema segregacionista que considera nefasto con argumentos científicos sólidos. En

este sentido, Castle es un decidido activista anti-*apartheid*. A pesar de que Castle rechaza la gran riqueza de la familia de su colega Cornelius Muller, le recalca al agente secreto ruso Boris que “[n]unca h[ab]a fingido compartir [su] ideología... nunca ser[é] comunista” (*El factor...* 177). A diferencia del comunista ortodoxo Halliday, los asesinatos de Stalin y las invasiones rusas en Hungría y Checoslovaquia hicieron “flaque[ar]” (*El factor...* 316) a Castle, impidiendo que se hiciera militante comunista. Al final de la novela, se declara, más bien, “una víctima [...] del comunismo” (*El factor...* 318). De esta forma, y al igual que en su postura frente al catolicismo, Greene nos presenta en la figura de Castle una persona que construye un claro discurso ideológico, pero que, en una actitud típicamente posmoderna, descrece que los grandes relatos sean religiosos o políticos.

III. Aspectos formales de los *thrillers* greeneanos

Entre los muchos factores que los críticos literarios consideran como característicos de la posmodernidad, suelen encontrarse a la metaficcionalidad, la intertextualidad o asimilación, la mezcla de la cultura alta y baja y la hibridez estilística (cf., p. e., De Toro). Los cuatro están claramente presentes en las novelas de entretención de Graham Greene. En primer término, llama la atención que varios agentes secretos greeneanos se relacionan con la literatura. El primero es D., el profesor de literatura medieval y especialista en la *Canción de Roldán*. él descubre el manuscrito de Berna, en cuya versión Roldán aparece no como el mártir que muere en defensa de la fe católica, sino como “gigantón presumido y valiente que estaba más preocupado por su propia gloria que por la victoria de su pueblo”. Por eso, “en la versión de Berna, [Oliver] golpea a su amigo conscientemente” y “[m]uere odiando al hombre que amaba” (*El agente...* 374). Más adelante, D. da testimonio de la presencia de dicha epopeya medieval como intertexto en *El agente confidencial* al decirle a Rose, la que prefiere a Oliver: “-Oh, yo no soy más Oliver que los pobres diablos de mi país Roldanes. O L. un Ganelón” (*El agente...* 374). Aquí D. le quita tanto al pueblo español como a sí mismo todo gran heroísmo y de paso compara a su adversario L. con Ganelón, el gran traidor de los francos que al final de la epopeya recibirá

su merecido castigo en Aquisgrán, la ‘capital’ del imperio carolingio, algo que seguramente no le pasó a L. gracias a la victoria de los franquistas.

Rollo Martins, incluso, en *El tercer hombre*, no sólo está relacionado con la literatura, sino que es un escritor que “[se] dedica a escribir novelas baratas” (*El tercer...* 549) bajo el seudónimo de Buck Dexter. Lo confunden con un gran escritor inglés, Benjamin Dexter, cuyas obras Martins no ha leído; lo admiran, comparándolo con Henry James, y el agente literario Crabbin le solicita, incluso, “dos conferencias: ‘La crisis de fe en el mundo occidental’ (aquí se le respeta mucho por su condición de escritor cristiano, pero no conviene hacer referencias a Rusia ni al comunismo) y ‘Técnica de la novela contemporánea’” (*El tercer...* 580). En este punto, Greene ironiza abiertamente con el miedo de muchos católicos a los comunistas en la era de la Guerra Fría. La figura del escritor Benjamin Dexter le queda perfectamente como escritor inglés católico y promotor del diálogo entre cristianos y comunistas. De hecho, cuando le preguntan más adelante al señor Dexter respecto del título de su nueva obra, Greene lo hace contestar irónicamente: “-El tercer hombre” (*El tercer...* 596). Más divertido y cómico aún se torna la entrevista cuando le preguntan por el autor que ha más influido en su obra literaria, probablemente una de las preguntas que Greene tuvo que contestar mil veces en su larga vida. Al nombrar el nombre de “Grey”, el público queda estupefacto e interviene el Sr. Crabbin diciendo que “[e]l señor Dexter lo dice en broma. En realidad se está refiriendo al poeta Gray, un genio sutil, comedido y amable”. Luego agrega que, al contrario, “Zane Grey fue un escritor de novelas del Oeste: baratas novelitas populares sobre bandidos y vaqueros”, al que él “ni siquiera [...] consideraría un autor” (*El tercer...* 596). Ahora Dexter defiende a Zane Grey, que era uno de sus héroes, y no está dispuesto a consentir cualquier tontería al respecto. Curiosamente, mucho público presente comienza a anotar el nombre de Zane Grey, pues “[s]ólo un gran escritor podría mostrarse tan arrogante y transgresor en sus opiniones” (*El tercer...* 597). Se trata aquí, sin duda, de una escena cómica logradísima que confirma, por un lado, la mezcla de elementos serios y cómicos en las novelas de entretenimiento greeneanas y, en segundo lugar, la presencia de “novelists who reflect on their art and practise” (Bergonzi 169)⁶⁰.

⁶⁰ “Novelistas que reflexionan sobre su arte y práctica”

Esto vale también para *Nuestro hombre en La Habana*, cuyo protagonista Wormold, sin ser explícitamente un escritor de profesión, sí se autodefine frente a su hija Milly como “un escritor con mucha imaginación” (*Nuestro hombre...* 980). Más adelante, Beatriz encuentra que Wormold “habla como un novelista” y que “sus agentes son números, personajes [...] de carne y hueso” (*Nuestro hombre...* 953). Wormold, inventa un imaginativo de subagentes y planos falsos y siente a menudo “la tentación de nombrar a todas sus creaciones al mismo tiempo y acabar con ellas” (*Nuestro hombre...* 961), es decir, experimenta las conocidas ganas ocasionales de cualquier escritor y artista de destruir su obra. Basta con pensar en Kafka. A mediados de la novela, le sucede a Wormold algo muy divertido que los escritores románticos soñaban, es decir, Raúl, un personaje-subagente inventado por él, parece existir en realidad. Según su amigo Hasselbacher, “se lo inventó demasiado bien”, dado que “[a]hora existe un expediente sobre Raúl” (*Nuestro hombre...* 987). De repente, “the so-called real world impinges on his fictional one. Havana is full of spies, and the agents of another power –[...]–, are intercepting Wormold’s messages and start trying to eliminate his alleged contacts, [...]” (Bergonzi 170).⁶¹ No cabe duda que Greene parodia aquí la actividad de los espías como está presentada en la mayoría de las novelas de espías, y con sus ataques “on the form”, contribuye, de paso, “to the mayor shift in the direction of the spy novel which we see in the sixties and seventies” (Panek 129)⁶².

Aunque Castle no es un escritor ni tiene una gran imaginación literaria como sus colegas greeneanos anteriormente analizados, sí le interesa la literatura, lee muchos libros, entre otros *La guerra y la paz* de Tolstoi, e, incluso, quiere escribir y publicar un libro serio, como ya vimos arriba, “sobre el *apartheid*” (*El factor...* 69). Sin embargo, no hay mayores reflexiones metaficcionales en esta novela. Lo que sí hay son dos polémicas abiertas, en el sentido bajtiniano, de Greene con las novelas de Ian Fleming. A mitad de la novela hace que el joven colega Davis le sugiera a Castle que escriba mejor

⁶¹ “El así llamado mundo real afecta al ficcional. La Habana está llena de espías, y los agentes de un otro poder [...], interceptan los mensajes de Wormold y comienzan a tratar de eliminar sus supuestos contactos, [...]”.

⁶² “A la forma”; “al mayor cambio en la dirección de la novela de espías que vemos en los años sesenta y setenta”.

un libro con un protagonista como “James Bond, que mata a la chica con la que acaba de acostarse” (*El factor...* 69). Y bastante más adelante hace discutir algunos colegas sobre la figura de James Bond y comentara alguien lo siguiente: “En mi opinión hay demasiado sexo [...]-. Una exageración. A mí me gusta el buen sexo como a cualquiera, pero no es tan importante, ¿verdad? Sobre todo los detalles, quiero decir” (*El factor...* 238-39). Queda claro, así, que Greene está “[o]pposed to Fleming’s fantasy espionaje and sexual fantasies” (Panek 135)⁶³, dado que su meta es, más bien, “to highlight the stultifying ordinariness, even banality, of the credentialed agent as mid-level bureaucrat” (Snyder 83)⁶⁴. Otro crítico literario agrega ahora, como intertextos en *El factor humano*, por ejemplo, la novela de Joseph Conrad, *Under Western Eyes* (cf. Snyders 77). Además, como dato bibliográfico relevante, influyó la composición de esta novela el famoso caso del agente doble Kim Philby (cf. Panek 134), amigo de Graham Greene, que provocó la interrupción de la escritura por casi diez años.

Finalmente, refiriéndonos muy brevemente al estilo literario de Greene, había que recalcar, además del ya mencionado fenómeno de la mezcla de elementos serios y cómicos, la creación de novelas de espías híbridas que unen en sí elementos del género policial clásico, del género negro y de las novelas de espías (cf. Panek 137). De paso sea mencionado su uso del estilo indirecto libre (cf. Bergonzi 70).

Resumiendo, se puede decir, que las supuestas novelas de entretenimiento de Graham Greene son cada vez más posmodernas, tanto a nivel ideológico, por su escepticismo hacia los grandes relatos religiosos o políticos, como a nivel formal, por sus reflexiones metaliterarias, su contundente intertextualidad y su hibridez genérica.

Los aspectos más interesantes y memorables de sus *thrillers* “transcend the plot” (Bergonzi 73)⁶⁵ de las novelas de espías comunes y corrientes, y merecen, por tanto, ser llamados novelas a secas y no novelas de entretenimiento, aunque sean novelas menores.

⁶³ “En contra del espionaje fantasioso de Fleming y sus fantasías sexuales”.

⁶⁴ “Subrayar la ordinariez, hasta banalidad del agente acreditado como un burócrata mediocre”.

⁶⁵ “Trascienden la trama”.

Bibliografía

- Atkins, John. *The British Spy Novel. Styles in Treachery*. 2da ed., Londres: Calder Publications, 2010.
- Bergonzi, Bernard. *A Study in Greene: Graham Greene and the Art of the Novel*. Oxford (GB): Oxford University Press, 2006.
- Brennan, Michael G. *Graham Greene. Fictions, Faith and Authorship*. Londres y Nueva York: Continuum International Publishing Group, 2010.
- DeVitis, A. A. *Graham Greene*. Ed. revisada. Boston: Twayne Publishers, 1986.
- Diemert, Brian. *Graham Greene's Thrillers and the 1930s*. Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, 1996.
- Durán, Leopoldo. *Graham Greene. An intimate portrait by his closest friend and confidant*. Trad. Euan Cameron. London: Haroper Collins Publishers. 1995.
- Goetz-Sota, Germaine. *Manic-Depressive Dynamics and Dramaturgy in the Life of Graham Greene. An Author's Battle with the Devil Within*. Lewiston-Queenston-Lampeter: The Edwin Mellen Press, 2012.
- Greene, Graham. *A Sort of Live*. Nueva York: Simon and Schuster, 1971.
- ___ *El agente confidencial*. En: G. G.: Cinco novelas. Trad. Alberto Coscarelli. Barcelona: RBA, 2012: 307-529. [1-1939]
- ___ *El factor humano*. Trad. I. C., Santiago de Chile: Andrés Bello, 1997. [1-1978]
- ___ *El tercer hombre*. En: G. G.: Cinco novelas. Trad. Antonio Padilla. Barcelona: RBA, 2012: 531-644. [1-1950]
- ___ *Nuestro hombre en La Habana*. En: G. G.: Cinco novelas. Trad. Marisa Martínez. Barcelona: RBA, 2012: 841-1065. [1-1958]
- Hepburn, Allan. *Intrigue. Espionage and Culture*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2005.

- Kelly, Richard. *Graham Greene*. Nueva York: Frederick Ungar Publishing Co., 1984.
- Koch, Markus. *Der Roman Noir und die populäre Unterwelt moderner Literatur: Dashiell Hammett, William Faulkner und Graham Greene*. Francforto del Meno: Peter Lang, 2004.
- Kunkel, Francis L. *The Labyrinthine Ways of Graham Greene*. Nueva York: Sheed & Ward, 1959.
- Kulshrestha, J. P. *Graham Greene. The Novelist*. Nueva Delhi: Macmillan India Limited, 1977.
- Malik, Meena. *Graham Greene. A Feminist Reading*. Nueva Delhi: Atlantic Publishers & Distributors LTD, 2009.
- Panek, Leroy L. *The Special Branch. The British Spy Novel, 1890-1980*. Bowling Green (Ohio): Bowling Green University Popular Press, 1981.
- Snyder, Robert Lance. *The Art of Indirection in British Espionage Fiction. A Critical Study of Six Novelists*. Jerfferson (North Carolina) y Londres: McFarland & Company Publishers, 2011.
- Stafford, David. *The Silent Game. The Real World of Imaginary Spies*. Ed. Revisada. Atens (Georgia): The University of Georgia Press, 1991.
- Toro, Alfonso de. "Fundamentos epistemológicos de la condición contemporánea. Postmodernidad, Postcolonialidad en diálogo con Latinoamérica". En: A de T. (ed.). *Postmodernidad y Postcolonialidad. Breves reflexiones sobre Latinoamérica*. Francforto del Meno: Vervuert, 1997: 11-50.
- Wolfe, Peter. "Foreword". En: A. F. Cassis (ed.). *Graham Greene. Man of Paradox*. Chicago: Loyola University Press, 1996: XIII-XVIII.

